

Marina Latorre

Marina Latorre Uribe (1930), puntarenense, estudió pedagogía en Castellano y Periodismo, viajó por gran parte del mundo y es una gran impulsora de la difusión de la poesía. Dirige la revista «Portal» y mantiene en Santiago los carteles de «Portal» y la pequeña revista «Cartas».

Cultora de diversos géneros, en poesía ha publicado los libros «Fauna austral», 1977, y «Ventisquero», 1981.

Algunos de sus poemas han sido traducidos y editados en el extranjero.

En prosa, es autora de «Galería clausurada» (1964) y «¿Cuál es el Dios que pasa?», (1978). (De «Historia de la literatura de Magallanes», Ernesto Livacic Gazzano, 1988).

En marzo de 1996, con el número 23, regresan sus publicaciones de «Portal» en el que resalta un compendio en homenaje a Gabriela Mistral. Incluye interesantes trabajos sobre: Alfredo Nobel y los premios Nobel, El regreso de Portal, No olvidemos a Oscar Castro, Gabriela Mistral con nosotros, Gabriela Mistral testigo de Cristo, Gabriela Mistral peregrina a Polonia, Itinerario de Portal, Torbellino, Estrategias comunicacionales para talleres estratégicos, Gabriela hermana de la Orden Tercera de

San Francisco y La cultura del país desde lo valórico.

Marina Latorre dirige un taller literario con temas poéticos, redacción periodística y literaria. En parte del editorial dice:

«Si los procesos literarios son parte de los procesos comunicativos, culturales y semióticos de una sociedad, la literatura, sobre todo la poesía en nuestro caso, fue un modo de interacción social que se realizó por medio de los mensajes que aquí publicamos. Para hablar con el lenguaje de las ciencias sociales de hoy, mensaje que se transmite como negociación o intercambio de significado en el momento de la lectura y recepción.

«Antes se pensaba en un receptor pasivo. El antiguo modelo pretendía un emisor hábil para mantener el poder y el control.

«[...] Así, el hecho literario se transformó en un campo cultural en movimiento, desarrollo y rearticulación constante. Como consecuencia, el fenómeno literario hoy, en el proceso de desaparecimiento del autor, constituyó al receptor en un actor importante».

**ATELI-ER
LITERARIO**

55

Noticias en letras

por Anselmo López

El 12 de julio recién pasado se conmemoró el cumpleaños de nuestro querido y gran poeta Pablo Neruda. Nacido en 1904 en la sureña ciudad de Parral, era hijo del conductor de trenes José del Carmen Reyes y de la profesora primaria Roda Neftalí Basoalto. La prematura vida del futuro poeta en Parral fue muy corta, ya que su madre falleció en agosto del mismo año, víctima de una rebelde tuberculosis. Esto obligó a su padre emigrar hacia más al sur, hacia los lluviosos territorios de Temuco, donde contrajo segundas nupcias con Trinidad Candía Marverde, la famosa «mamadre» del joven, su sabia consejera hasta la juventud del poeta.

Se encuentra abierto el IV Concurso Nacional de Ensayo «Premio Profesor Jorge Millas», que organiza la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, la Sociedad de Escritores de Chile y el Ministerio de Educación. Los premios para este certamen alcanzan a los 900, 550 y 450 mil pesos para los primeros lugares, más tres menciones honoríficas. Los ensayos deben mantener la tónica de «propuestas para la creación y consolidación de una cultura de respeto a los derechos humanos en nuestro país», y tendrán un mínimo de treinta páginas mecanografiadas a doble espacio en tamaño

carta, con un máximo de cincuenta. El plazo vence el 23 de agosto de 1996. Mayores informaciones a la casilla 4082 de la Sociedad de Escritores o Almirante Simpson Nº 7, de Santiago.

Para homenajear al poeta Pablo Neruda se organizaron diversos actos culturales y literarios en Punta Arenas en los días vecinos a su cumpleaños. Uno de ellos se realizó en la sala Gabriela Mistral de la Secretaría Regional Ministerial de Educación y contó con la participación de los escritores magallánicos Sandra Rogel, Alexis Andrade y Julio Pedrol. Este encuentro estuvo dedicado a estudiantes de educación media y trató sobre la riqueza humanista que envuelve la poesía y la prosa de nuestro Premio Nobel de Literatura 1971.

Miguel Arteche, poeta chileno nacido en Nueva Imperial, cumplió recientemente sus setenta años de edad. La abundancia y calidad de su obra lo ha mantenido últimamente como candidato al Premio Nacional de Literatura, al que tiene múltiples condiciones para contarle entre los elegidos. Miguel Arteche es autor de numerosos libros, entre los que recordamos «La invitación al olvido» (1947), «El sur dormido» (1950), «Solitario, mira hacia la ausencia» (1953), «Destierros y tinieblas» (1963), «De la ausencia a la noche» (1965), entre otros, todos ellos de poesía, de una poesía noble y poderosa.

El atavismo

por Osvaldo Wegmann Hansen (*)

En mis mocedades fui navegante en el archipiélago y viví algunos años en la maravillosa región de Ultima Esperanza, tierra de complicada geografía, en el extremo austral de Chile. Niño aún, mucho antes de aprender a navegar, anduve embarcado ya en goletas y remolcadores, por las torcidas rutas del laberinto. Y en esos viajes conocí a los indios alacalufes, que me interesaron mucho y sobre quienes, más tarde, escribiría tanto, preocupado de sus vidas y de su pasado, que se remonta a la negra noche de los tiempos.

La lectura de viejos libros, mis conversaciones con antiguos marineros, con exploradores y misioneros, me permitieron conocerlos mejor, y tratarlos con simpatía y con cariño, cuando más tarde, en mis largas singladuras, solía encontrarlos, acampados en un islote; remando a lo largo de una costa o en una expedición de caza, con la embarcación repleta de mujeres, de niños y de perros.

Yo sabía que en tiempos muy pretéritos fueron numerosos; que vivieron nómades entre los canales fueguinos y el Golfo de Penas; que fueron libres y sanos y gozaron plenamente de la vida. Todo esto hasta que llegó el hombre blanco, que contribuyó a diezmar las razas primitivas en todo el mundo. Los cazadores de nutrias y de lobos, los marineros de los canales, enseñaron a los alacalufes los efectos estimulantes del alcohol. Y cuando lograron enviciarlos, se lo entregaban sólo a cambio

de valiosas pieles, añadiendo a la explotación despiadada otra ignominia, la de seducir a sus mujeres, haciéndolas víctimas de sus pasiones bestiales.

Y esto siguió sucediendo, mientras los indios alacalufes se extinguían, al parecer sin advertirlo, porque iban olvidando sus tradiciones, aferrándose a las costumbres y a los vicios de los culpables de su exterminio.

Es admirable cómo los indios se acostumbraban a vivir con los blancos, sobre todo hoy día. La miseria en que se debaten, los obliga muchas veces a abandonar los canales y las islas donde vivían nómades, para embarcarse en los cúteres o trabajar con algún leñador a cambio de comida, ropa y cigarrillos.

La primera vez que vi a un indio fue a bordo de una goleta. Yo tenía apenas ocho años y navegábamos en vacaciones, a pasar una temporada en una isla austral. Temía a los alacalufes, por haber oído sobre ellos las más extravagantes leyendas. Han transcurrido muchos años desde entonces, y los viajes se me han permitido conocerlos mejor. Los menos han sido mis amigos, los demás indiferentes o huraños; pero ninguno me ha dado motivos de quejas por su comportamiento.

Al nativo hay que saber tratarlo; es necesario considerar que es primitivo y elemental; hay que evitar incidentes con él, pues a pesar de ser a menudo sumiso, a veces reacciona por instinto y es malo y traicionero.

El indio que conocí en la goleta se llamaba Ramón, nombre que le dio el blanco que lo tomó a su cuidado y le enseñó a trabajar. Ramón aseguraba que no volvería jamás con sus paisanos; que era mejor vivir en Puerto Natales, y navegar de vez en cuando con su amo. Los marinos enterados de su caso comentaban: «El indio que se acostumbra a vivir con el blanco, no vuelve jamás a los canales». A veces tenían razón; pero en el caso de Ramón se equivocaron.

(*) Osvaldo Wegmann Hansen (1918-1987), escritor magallánico, autor de novelas y cuentos. Este fragmento de prosa que reproducimos pertenece a su cuento «Atavismo», que forma parte de su libro inicial titulado «Tierra de alacalufes».

Poesía chilena

Eliaana Navarro

Autora de varios libros de poesía que comenzaron en 1951 con «Tres poemas», distinguen a Eliaana Navarro entre las mejores poetisas nacionales. Sus versos claros y profundos nos hablan del hombre, su entorno y su transparencia. El poeta y crítico literario Carlos René Correa nos dice: «El estilo de Eliaana Navarro está burilado por el buen gusto y la emoción, sostenida por el poeta que jamás se limita. En su poesía hay una tristeza que nace de lo íntimo, sin que medien artificios».

Amiga Poesía

Me preguntan a veces: ¿Qué es la poesía?
-Es una gran amiga. Suele venir por casa.
Le encanta alborotar. Ayuda tanto:
no puede ver las lágrimas.
Las recoge por todos los rincones
y las cuelga en las lámparas.
En el ropero guarda mariposas
y en algunas mañanas
toca el disco del sol en primavera
y la casa navega
agitada por nubes y cigarras.
Cuando el señor Invierno, sentado a nuestra puerta
se echa a fumar su pipa a bocanadas,
ordena los armarios
con especial esmero
y enciende en cada pieza
una llama de ensueño
A veces la tristeza nos visita
con su carga de niebla tan extraña.
Todos queremos que se vaya pronto
y le hacemos desaires,
nos sonreímos en su propia cara.
Pero, si trae miras
de quedarse instalada,
entonces, de improviso,
un almendro florido se levanta
en el mismo lugar que ella ocupaba
o una nueva ventana sobre el muro
copia un cielo de nubes extasiadas.
Recomienzan los niños sus rondas y sus juegos
y todo fue tan sólo como un pérfido sueño.